

*Crítica de la razón pura* de Kant y su supremo triunfo artístico, mediante la composición del *Nathan* de Lessing, la sociedad alemana como la de toda Europa, sufría una epidemia mental que tenía cierta analogía con las epidemias morales de la Edad media, la misterio-manía, siendo la consecuencia que al lado de las nobles hazañas de la despreocupación vinieran á colocarse los milagros más torpes del oscurantismo. La posibilidad de toda la misteriería y milagrería resultaba por un lado, de la doctrina embaucadora, de la fuerza curativa universal del magnetismo, puesta de moda por Mesmer y por otro lado por la degeneración de la libre albañilería (fracmasonería), oriunda como se sabe, cual descendiente de las hermandades de albañiles de la Edad media, de Inglaterra, donde había recibido su primera organización en el año de 1717. No tardó en propagarse en el continente, de modo que á mediados del siglo apenas existía en Alemania una ciudad de importancia que no tuviera su «logia». En la masonería la idea humanitaria deísta, por consiguiente el espíritu bueno de la época, luchaba por una forma de existencia social que, tal como las cosas estaban, no podía ser otra que la de una sociedad secreta; sólo que esta sociedad secreta ha sido un secreto público, sabiendo todo el mundo que eran masones muchos de los mejores hombres de la nación, como Federico el Grande, Wieland, Herder, Göthe y Carlos Augusto de Weimar. Inconscientemente al principio y adrede luego oponiase la masonería á la gran organización del oscurantismo, la jesuitería. Pero los hijos de Loyola eran más listos que los hijos del «gran arquitecto de los mundos.» Maestros en todas las intrigas y enredos, los jesuitas ya antes de la abolición papal oficial de su orden y después como *Cripto-Jesuitas* sabían introducir de contrabando en la masonería varios aditamentos de sofisticación para perder y destruir al enemigo en su propio campamento. Estos aditamentos han sido desarrollados después á un arte prestigiador de embaucamiento y engaño y aprovechados como tal por bribones y traficantes profesionales en misterios y milagros. La enfermedad de la época, es decir, aquella misterio-manía, hija del misticismo religioso, del sentimentalismo entusiasta y del deseo de extravagantes conocimientos, pedía milagros y signos y por esto no faltaban mágicos que se los enseñaran. Muy instructiva en este respecto es la carrera del siciliano José Balsamó (conde Cagliostro de propia confección) quien empezó su brillante carrera en círculos alemanes entre la nobleza curulesa de Miatou. Allí una eminente mujer alemana, Isabel de la Recke, era al principio una veneradora entusiasta y después la descubridora valiente de aquel embaucador fabulosamente atrevido. Cuantas torpísimas imposturas la sociedad distinguida aceptaba, se ve también por las producciones del antiguo cafetero de Leipzig y ulterior «adepo», Schrepfer. Particularmente el conjuro de espíritus verificado por él en Dresde en una noche de febrero de 1773 con ridiculísimo espanto de sus espectadores, es una escena característica del siglo de la despreocupación, demostrando lo superficial que ésta era con frecuencia, precisamente en el «mundo distinguido». Contra el falseamiento jesuítico oscurantista de la masonería por el «sistema de la observancia estricta», por la «rosenkreuzeria» y otras majaderías, protestaron finalmente en el sentido de la despreocupa-

ción los hermanos que habían quedado fieles á la idea original de la orden. Sus jefes como Bode y Knigge, que no ocultaban su opinión de que el verdadero masón debía ser un enemigo jurado de toda superstición y de todo despotismo, consiguieron en el año 1782 en la gran convención de masones, en Wilhelmsbad cerca de Hanau, una purificación y reforma de la sociedad, cuyos principios fundamentales han quedado vigentes después en las logias alemanas. Pocos años antes de esta reforma habíase intentado en el sur de



CONJURO DE ESPIRITISTAS EN DRESDE.

Alemania, transformar la masonería en una alianza secreta que había de ser esencialmente agresiva en el sentido y el servicio del progreso. Nos referimos á la orden de los «iluminados» fundada en Ingolstadt en 1776 por el catedrático Wishaupt y el estudiante Zwackh, y que se extendió rápidamente en Baviera y Austria, encontrando partidarios hasta en el Tirolo. Mas antes que pudiera hablarse formalmente de un efecto alumbrador del iluminatismo en aquellas comarcas tenebrosas, éste sucumbió á la persecución furiosa que contra él suscitaron los jesuitas de sotana y de levita que dominaban en la corte y el gabinete del disipado elector Carlos Teodoro. En Austria las órdenes de despreocupación perecieron en la tempestad de reacción que estalló inmediatamente después de la muerte de José II en el reinado de Leopoldo II. Por lo demás no había gran daño en esto porque, considerándolo en conjunto, lo de las sociedades secretas era más bien un juego de buena intención y un pasatiempo del espíritu, una «sublime niñería» (Federico el Grande la llamaba así) que un trabajo civilizador serio, y no podía ser tal por la sencilla razón

que todo el aparato misterioso que para la mayoría de los masones é iluminados era lo más importante, era absolutamente incompatible con el espíritu moderno cuyo aire vital es la publicidad. Mucho más en conformidad con este espíritu pensaban pues y obraban aquellos patriotas suizos que en marzo de 1762 se reunieron en Schinznach de Argovia para fundar la célebre *sociedad helvética* que se proponía «buscar los sentimientos de comunidad desaparecidos, reinflamar el espíritu público casi apagado», y que han trabajado en el cumplimiento de esta tarea con sincero afán y grandes resultados. La sociedad helvética fué uno de los primeros ejemplos y de los más estimulantes de la importancia del sistema de asociación en nuestra vida moderna. Sin embargo, este gran recurso de la civilización moderna, la asociación voluntaria, como se sabe, sólo en el siglo XIX ha alcanzado un desarrollo que la ha hecho capaz no solamente de reemplazar la corporación de la Edad media, sino de sobrepujarla en eficacia, tanto para el mal como para el bien.

Bajo la influencia cada vez más poderosa de las teorías pedagógicas, políticas y sociales de Rousseau expuestas con todo el encanto de una elocuencia deslumbradora, así como bajo los impulsos del mundo poético de Shakespeare que se había abierto poco á poco á los alemanes, la marcha templada de la despreocupación había tomado un compás más rápido convirtiéndose en el último tercio del siglo en impetuosa carrera de asalto. La nueva generación nacida á mediados del siglo «echa tinta» era adulta. A los despreocupadores de coleta y bolsa de cabellos siguieron los rebeldes «génios originales», «génios forzados», los «asaltadores» y «empujadores» con «cabezas de suecos» y fraques de Werther. Un espíritu pronunciado en rebeldía agitaba á los círculos que pretendían de cultos, oscilando entre las tradiciones de lo pasado y la esperanza anhelosa de redención de esas tradiciones. La literatura se hizo petulante, revolucionaria, aventurera, procediendo con extremada irrespetuosidad contra todo lo senil y rancio, contra la tiranía de toda disciplina, contra todo lo nimio y pedantesco. Sus representantes mismos se convirtieron en figuras fantásticas y por más que se distinguiera exteriormente la actitud y conducta del poeta, músico, patriota y mártir suabio, Schubart, la del ex-capuchino y archimason austríaco, Fessler, la del suizo Lavater, vicario de S. Pedro de Zúrich y misionero de un cristianismo inspirado, ó finalmente la del Prusiano «mágico del Norte», Hamann, quien combinaba de una manera muy singular la genialidad forzuda de la Biblia, interiormente, llevaba el sello general de una quijotería inquieta y agitada. Una especie de borrachera se había apoderado de los ánimos y no de los juveniles. El grito por redención de la mentira del rococo y en el sentido más lato de la palabra, el grito por libertamiento de las ataduras y trabas de condiciones anticuadas se oía en todas partes. ¡Guerra á los curas! ¡Escarnio á los pedantes! ¡Odio á los déspotas! ¡Naturalidad y libertad! eran los gritos que resonaban en toda Alemania. El tono fundamental altamente idealista de este periodo de agitación y efervescencia se manifestaba cada vez de nuevo en todas las variaciones y cuando no rugía ni tumultuaba no dejaba de susurrar y flautar. Este idealismo anheloso fué el que pocos años después de la fundación de la alianza de poetas

Göttingen en el norte protestante de Alemania, hizo brotar de la masonería despreocupadora la orden revolucionaria de los iluminados en el sur católico de la misma. Este idealismo fué también el que inspiró á los hermanos de la tabaquera de Lorenzo del círculo de Gleim de Halberstadt y del de Jacobi de Penpelfort, así como á los visitadores del cenáculo místico-católico-platónico de la princesa de Gallitzin de Münster y á los miembros del conventículo distinguido pietista de los Stolberg y Rebenlow de Holstein, todas las extravagancias de una amiguería exagerada hasta convertirse en culto. También fué ese idealismo el que reveló á Herder la inteligencia cosmopolita de los acentos de la gigantea arpa de la poesía de todas las naciones, el que arrancó á Góthe sus canciones juveniles más dulces, el que puso en la mano de Jerusalem-Werther la pistola suicida y en la del imberbe Schiller la pluma con que horroneó sus *Brigantes*, el manifiesto más indómito genial de la época de la agitación y efervescencia cuyos dolores y esperanzas, desesperación y entusiasmo, propósitos, deseos y luchas titánicas, el poeta del *Faust* ha condensado luego en poema universal de la época moderna. Y finalmente fué la misma agitación y efervescencia idealista la que hizo que en Berlín las señoras se disponían á abandonar el corsé y el miriñaque para adoptar la «camisa griega», lo que ciertamente no parecía menos revolucionario que cuando un poco antes en el año 1783, un poeta berlinés en un periódico de Berlín celebró el éxito feliz de la guerra de independencia Norte-Americana en una oda entusiasta que culminaba en la siguiente estrofa:

«¡Y tú, Europa, levanta la cabeza!  
También para tí amanecerá el día que romperá la cadena,  
Que tú, noble, serás libre, á tus príncipes  
Expulsarás, y prosperarás, democracia feliz!»

Una confesión tan franca y abierta de opiniones y esperanzas republicanas en el Berlín de Federico el Grande, en la misma Prusia que el grande italiano Alfieri, quien la recorrió en aquel tiempo, llamó «un cuerpo de guardia sin interrupción», ¿no caracteriza la fermentación caótica de la época que, según el título de un drama genial forzudo de Klinger, lleva con razón el nombre *Epoca de la agitación y efervescencia?*

Pero en Alemania el movimiento lleno de agitación y efervescencia era y permanecía esencialmente literario. El cómo y porqué, lo hemos contestado antes; y ahora nos queda que hablar de un hombre que como ningún otro estaba apropiado á llevar adelante este movimiento literario y á mostrarle su verdadero rumbo continuando la actividad crítica de Lessing y acogiendo al mismo tiempo con oídos cultos y cosmopolíticamente accesible, la armonía universal de la poesía del mundo para hacerla oír y comprender también por su nación. Ese hombre era Juan Godofredo Herder (de 1704 á 1803) natural de Morungen, de la Prusia Oriental, cuyos merecimientos como poeta eran pequeños, pero grandes como instigador y educador de poetas. Lessing y Herder tienen entre sí la relación de esclarecimiento y genialidad forzuda. La crítica lessingiana desescombraba piedra por piedra del castillo de alucinacio-

nes, la herderiana derribaba la ciudadela por asalto. Pasar de la crítica á la producción propia como hacía Lessing, era imposible para Herder; en cambio tuvo el mérito ciertamente no pequeño de ser un mediador tan delicado como enérgico entre la cultura clásica antigua y la romántica cristiana, así como entre el conocimiento crítico y la producción original. Enseñó á los poetas á mirar en su propio corazón, señalándoles en todas partes lo original, lo espontáneo, lo natural y lo popular. Hizo para Göthe cuando estudiaba en Estrasburgo, en particular, lo que ha hecho para la literatura alemana en general, es decir, completó la emancipación del amigo como de la poesía alemana, de las reglas artificiales francesas abriendo á aquél como á ésta el mundo de la Biblia, de Homero y de Shakespeare. Presentó el resumen de su actividad extraordinariamente fecunda y fecundante como intérprete explica-



HERDER.

dor y exegeta cosmopolita en sus «Voces de los pueblos en canciones» (1778) con las que abrió una verdadera «fuente virgen» á sus coetáneos sitibundos de naturalidad. Los escritos científicos de Herder evidencian agradablemente la íntima alianza que la ciencia y el arte alemanes habían concluido en la unidad superior de la literatura nacional. También en el terreno de la erudición este hombre universal mostrose iniciador feliz, sobre todo de un tratamiento más racional de las cuestiones teológicas y de la ciencia histórica, debiéndole esta última su cimentación filosófica verificada por Herder en sus excelentes «Ideas sobre la historia de la humanidad» (1784), uno de los mejores libros del siglo compañero cosmopolita de las «Voces de los pueblos». Por lo demás la idea del cosmopolitismo no le ha hecho olvidar de ninguna manera su condición de alemán. Con patriótico pesar contemplaba el imperio desmo-

ronado, el polipolitismo alemán y en 1778 apostrofó al emperador José con los siguientes versos:

«Oh emperador, tú de noventa y nueve príncipes  
Y Estados como la arena del mar  
La cabeza, dadnos aquella de que tenemos sed:  
¡Una patria alemana!»

Este tono patriótico que, (nótese bien) resonaba más definitivamente en el cosmopolita Herder que en el teutono Klopstock, fué continuado en la manera de este último con la plena voz de pecho del entusiasmo juvenil también en la «Alianza del bosque». Era la época de los almanaques de las musas y de las alianzas de poetas. Boie, fundador del *almanaque de las musas* de Gotinga (1770), fué también el instigador de la alianza de los poetas de Gotinga, en cuyas manifestaciones se mezclaban singularmente un patriotismo bardo-arqueologizante y el sentimentalismo más tierno. Juan Enrique Vos (de 1751 á 1826) natural de Sommersdorf de Meklemburgo, que era la verdadera alma de esa sociedad, ha descrito la fundación idílico-fantástica de la misma en su oda *La encina de la alianza*. Refiere como él (por la tarde del 12 de setiembre de 1772) con algunos de sus amigos salió de la ciudad al campo y como allí en un encinar alumbrado por la luna llena se les ocurrió de repente jurar la «alianza de la amistad».

«¡Ah! resonó la exclamación: mirad la potente,  
Mirad la encina Bragor de la patria!  
Desplegando lentamente la fuerza primitiva del germen  
Elevo y confía en el cielo.  
De repente llevonos un ímpetu brioso  
Al ancho abrigo y de bellotudas  
Coronas de ramos ciñendo todos las mulleras,  
Juramos alianza con fiel palmada.  
A quien fué confiado genio santo,  
Purifíquele la verdad de eterna fuerza para ver  
Lo que es bueno y bello, lo que al éter  
Eleva de la ilusión y apetito del polvo!  
Lleno de tranquila veneración barrunte la divinidad  
Que vive en los hombres de sabia antigüedad  
Vuelo (el ala de la libertad le levanta)  
Notando en discurso y canto y proeza!  
Por armonías luego amanse de la patria  
La prole, otro Orfeo, maestro de piedad  
Y de orden, inflexible á la autoridad,  
Franco, despreciador de la envidia y honesto».

Estos versos indican cuán altos y latos los juveniles agitadores é impulsores fijaban los fines de su alianza. Soñaban de hacer de su poeteria un factor ético y patriótico de acción inmediata sobre la vida; y de esto resultaba como

el sensato Merck decía con mucha razón, en suma, «nada más que tonterías.» Las extravagancias del bosque se acabaron pronto. El ruido de bardo de la libertad exagerado hasta la locura especialmente por el conde Federico de



FUNDACIÓN DE LA «ALIANZA DEL BOSQUETE.»

Stolberg que no tardó en desertar al campo de los oscurantistas, debía causar asco en todos los que pensaban, lo mismo que la insípida sensiblería que otro bosquetero, Miller, lloriqueaba en su llamada novela de convento *Sigwart*. Importancia duradera alcanzaron solamente dos individuos del grupo de poetas de Gottinga, Voss y Bürger, este último, por lo demás, no había to-

mado parte en las extravagancias de los bosqueteros. Voss llegó á ser una verdadera cabeza de carácter racionalista, y durante toda su vida defendió valerosamente los fueros de la razón y de su pueblo llevando con su Ernestina, á veces con graves angustias y congojas, una casa modelo de honestidad verdaderamente alemana y burguesa que se diferenciaba muy ventajosamente de la frivolidad con que los genios forzudos querían tratar el matrimonio, así como de la liviandad que más tarde fué proclamada y puesta á la moda por el romanticismo. Como poeta, Voss se ha conquistado el mérito duradero de haber revelado la poesía de la vida doméstica burguesa y campesina de la Alemania del Norte, especialmente la poesía de la casa del rector y del maestro de escuela. Es verdad que aquella poesía es algo casera; pero en los idilios de la rectoril *Luisa* y del honrado maestro de escuela *Tamm* no deja de notarse algo de las mejores cualidades del pueblo alemán. Un merecimiento verdaderamente grande por la cultura nacional adquirió Voss con su traducción de Homero (empezada en 1781), abriendo á los alemanes por primera vez el mundo de la antigüedad. Toda la historia de la literatura nacional de los últimos dos decenios del siglo XVIII demuestra lo provechosa que ha sido aquella traducción por el torrente de luz y belleza que arrojó sobre la literatura.

Godofredo Augusto Bürger (de 1748 á 1794) natural de Wolmerswende, quien, en honor de su Molly, la dicha y el tormento de su vida, ha cantado el magnífico *Cántico de la única*, conoció pronto que las abstracciones klopstockianas no podían ser de gran utilidad para la literatura nacional. Su justo sentir que la poesía debía ser más popular le condujo á la composición de baladas que apropió á la poesía alemana después de haber ejercitado su gran talento por este género en los antiguos romances ingleses sacados á luz por Percy. Así compuso su balada del cazador feroz, su canción del hombre de bien, su Leonor y varias otras que, por su feliz elección de tema, por la decisión del dibujo y la viveza del colorido, por la facilidad de la versificación y la frescura popular del lenguaje, han conmovido ya la imaginación y el corazón de tantas generaciones, colocando á su autor en el número no muy crecido de los poetas que viven no solamente en la historia de la literatura, sino en el corazón y la boca del pueblo.

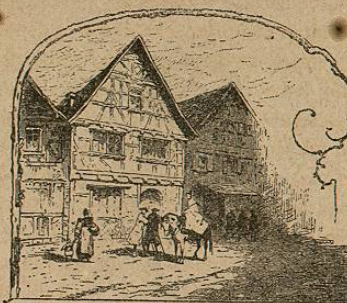
Mientras en el norte de Alemania los bosqueteros bailaban al rededor de su «encina de alianza», habíase juntado en el sudoeste, en las comarcas del Main y del Rhin, una compañía de jóvenes agitadores é impulsores que no sabían nada de estatutos de asociación, sino que fueron juntados casualmente y dispersados pronto por la agitación y efervecencia que conmovía aquella época. Francfort, Darmstadt, Gessen, Estrasburgo, Wetzlar, eran los puntos donde se agitaban aquellos genios originales. Era todo una tropa de «titanes» esos Wagner, Hahn, Lenz, Klinger, ó al menos creían que lo eran; pero sólo al único Göthe le fué dado asaltar el olimpo de la poesía enseñándole los verdaderos caminos y senderos Herder y Merck. Pero no, no á él solo. Pues siguiendo la figura puede decirse que mientras Wolfgang Göthe subía á paso de asalto el monte de los dioses por un lado, su coetáneo más joven, pero

de igual fuerza, Federico Schiller, empezaba á trepar la cumbre por otro lado. Apenas hay que hacer constar que los términos «asalto y trepar» se han escogido adrede para caracterizar la diferencia tanto de la vida de los dos mejores del pueblo alemán como de su elevación á la perfección clásica.

La aparición del juvenil y hermoso Góthe fué en todas partes triunfal como la de un hombre escogido, primero en Leipzig, luego en Estrasburgo, donde al presentarse el «espléndido mozo de estudiante» en cualquier restaurant los presentes dejaban descansar el cuchillo y el tenedor y deponían las copas empuñadas para admirar la hermosura del jóven. Mas tarde en Sesenheim, donde el amor de Federica Brión fué para él un sol que alumbraba los días de felicidad más pura de su vida, en Darmstadt, donde el jóven «hijo de dioses» cuando había visitado á su Mentor Merck, las mujeres casadas y solteras más bellas y gentiles de la ciudad le acompañaban hasta extramuros, en Wetzlar, donde pudo experimentar los «sufrimientos de Werther» para que los pintara luego. Y más aún en Weimar, donde hechizó á todos de igual manera, «hombres y mujeres». Compárese con esto la mísera juventud de Schiller en la humilde casa paterna de Marbach, de Kamnstadt, de Ludvigsburgo, de Lorch, luego en el «Plantel de esclavos» de la Soledad y en la academia militar de Stuttgart. Opónganse enfrente una de otra éstas dos escenas. Como Góthe en 1779 desempeña en Weimar para deleite de la corte y de los convidados, el papel de Orestes de su «Ifigenia» revestido del jítón griego, mientras que su amigo el duque Carlos Augusto hacía de Pilades, y como el «cirujano de regimiento», Schiller, cierto día de verano de 1782 en el castillo de Hohenheim con motivo de los *Brigantes* fué incriminado como un esclavo por el duque Carlos Eugenio, reprendido como un malhechor y despedido con la amenaza: «Ahora váyase y le digo que en adelante no hará imprimir ningún otro escrito, absolutamente ningún otro que no sea de medicina ¿me ha comprendido? Le digo que no escribirá más comedia, bajo pena de casación y prisión de castillo!» Y después: El jóven Góthe fué llamado por su duque como amigo deseado de la acomodada casa paterna á Weimar, mientras que el jóven Schiller hubo de huir de la escasa patria de noche y oculto ante el enojo de su duque que se había desahogado ya tan ignominiosamente en Schubarth. ¿No explican estos contrastes suficientemente cómo sucedió, cómo debía suceder que en Góthe la soberanía del genio y en Schiller el imperativo categórico del deber ha sido la potencia directora y gobernante?

La aparición de Góthe en la corte de Weimar, el tuteamiento del poeta con el duque, la agitación y «furia» de genialidad forzada en la pequeña residencia del Ilm, marca ruidosamente el adelanto del espíritu moderno hasta en los círculos que antes le habían sido cerrados. Esa «corte de musas» con sus «genios» que venían y se iban con su espíritu oceánico-werthercano-faústico, sus excesos y extravagancias con sus sainetes aristofánicos y sus humores shakespearianos, con sus «monadas» lenzianas y sus titanismos klingerianos, con sus comedias y sus amorfos, sus cabalgatas y carreras, sus cazerías y francachelas con su descoco que saltaba todas las vallas de la etiqueta y conveniencia, y sin embargo, en sus más locas diversiones conservaba cierto

idealismo, á fé ¿no era esta corte de musas del Ilm un considerable trozo] de revolución? Y de una revolución, que no solamente sacudía las] tradicionales formas sociales, sino á veces también (no hay que ocultarlo) las nociones fundamentales de la moral hasta el punto que en semejante atmósfera, un carác-



CASA NATAL DE SCHILLER.

CASA NATAL DE GÖTHE.

ter tan altamente moral como Schiller podía pensar seriamente en la extravagancia de una bigamia con dos hermanas. La posición que durante los «alegres tiempos de Weimar», las mujeres ocupaban en aquella sociedad, es muy notable en la historia de la civilización: la excéntrica duquesa Amalia, rica en espíritu y corazón; Lota de Kalb, la «titánida», querida de Schiller y

de Jean Paul, amiga de Göthe, Fichte y Hölderlin que conservaba la agitación efervecencia de su espíritu hasta la última vejez; Lota de Stein, la «mejor de todas» la «gran llama» de Göthe la cual llama echó una humarada bastante



• LOTA DE LONGEFELD.



LOTA DE KALB.



LOTA DE STEIN.

turbia cuando el querido amigo se tomó la libertad de componer sus «elegias romanas» en los brazos de la juvenil, fresca y guap Cristiana Vulpais; luego la que según nuestro criterio, era la «mejor de las Lotas», Lota de Lengefeld, luz y consuelo de la existencia de Schiller con su entusiasta hermana Carolina; después la bella cantatriz Corona Schröter, también durante una temporada,

llama no pequeña de Göthe, Emilia de Berlepsch, una verdadera «emancipada», Sofia de Schardt á la que el evangelio de humanidad de su amigo Herder no ha podido preservar de la «conversión» al papismo, y finalmente la poetisa Amalia de Imhof, deslumbradoramente bella con su blanco traje griego y sus ojos de liebre, ardientes de entusiasmo. Varias de estas mujeres más ó ménos geniales han tomado parte activa en el proceso de fermentación del que salió el clasicismo alemán, pero si se considera en conjunto las relaciones del mundo mujeril de entonces con los hombres eminentes, si se examina sin prevención la manera total dirigida á lo insólito, fantástico, extravagante, como los círculos sociales de la época de agitación y efervecencia concebían y llevaban la vida, se comprenderá que Jean Paul aun en el año de 1798 podía escribir de Weimar á un íntimo amigo en vista de los excesos de la revolución francesa: «Aquí están de moda costumbres que sólo puedo pintarte oralmente; todo aquí es atrevidamente revolucionario y las esposas no son respetadas. Lo cierto es que una revolución intelectual y más grande que la política y no ménos mortífera, palpita en el corazón del mundo.» Y sin embargo, lo que pasaba en la ciudad de las musas del Ilm era honesto é inocente en comparación con la vida disipada que reinaba al mismo tiempo en Berlín. Un testigo ciertamente irrecusable, el director de la academia, Schadow, quien en su juventud había presenciado esa vida disipada, la ha descrito en su vejez de la siguiente manera gráfica: «En los tiempos de Federico Guillermo II, reinaba la mayor disolución. Todos se emborrachaban con champagne, se hartaban con las mayores golosinas y satisfacían todos los apetitos. Todas las familias procuraban arrimarse al rey y á la corte ofreciendo á porfía á las esposas é hijas, mostrando en esto la nobleza alta más afán y empeño. Las personas que han participado en esa vida disoluta han muerto todas prematura y en parte miserablemente; el rey al frente. No es posible imaginarse el efecto benéfico que tuvo después de aquella disipación el ejemplo de Federico Guillermo III, el tranquilo caserismo, la belleza, amabilidad y honestidad de la reina Luisa.» Afortunadamente esta ilustre princesa, admiradora entusiasta de Schiller y Jean Paul no estaba sola en su época, sinó que tenía más de una compañera de iguales sentimientos. Así ante todas á la duquesa Luisa de Sajonia-Weimar. Semejantes mujeres por su conducta han influido muy saludablemente en la regeneración de las costumbres del período límite de dos centurias, justificando el célebre consejo de Göthe:

«Si quieres saber exactamente lo que es decente,  
Vete á preguntar á las mujeres de sentimientos elevados!»